

DOCUMENTOS PASTORALES

DOCUMENTOS PASTORALES:

Entre los diversos *Documentos Pastorales* interesantes, pero en gran parte desconocidos por el público latinoamericano, encontramos las diversas Comunicaciones de experiencias sobre la evangelización que presentaron los Obispos en la primera parte del Sínodo de 1974.

Ofrecemos en primer lugar una visión general sobre la evangelización en el mundo actual latinoamericano tal como la comunicó Mons. E. Pironio, Presidente del CELAM.

A continuación presentamos los Informes de las Conferencias Episcopales de diversos países de América Latina y que concretizan la visión general anterior.

Finalmente la Rueda de prensa de Mons. Alfonso López, Secretario General del CELAM, resume un poco la problemática de la evangelización en el mundo entero y más en concreto en Latinoamérica.

(Nota de la Redacción.)

Relación sobre la Evangelización del Mundo de Este Tiempo en América Latina * Mons. Eduardo Pironio

Introducción

1. Cristo, el Señor, consagrado por el Espíritu Santo y enviado por el Padre, vino al mundo "para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido" (*Gaudium et Spes*, 3). Su misión esencial fue ésta: "evangelizar a los pobres, sanar a los contritos de corazón, predicar a los cautivos la libertad" (Lc 4,18-19).

El es la "Palabra de Salvación" (Hch 13,36), concebido por el Espíritu Santo en el Seno de la Bienaventurada Virgen María en la plenitud de los tiempos (Gl 4,4), para librarnos de la servidumbre "del poder de las tinieblas" y trasladarnos "al reino del Hijo de su amor" (Col 1,13) y en El, que por obra del Espíritu Santo es "nueva creatura" (Gl 6,15) y "hombre nuevo" (Ef 2,15; 4,24; Col 3,10), hacernos: hijos de Dios, hermanos de los hombres, dueños de las cosas y artífices de la historia.

Con palabras y gestos, con su muerte y gloriosa resurrección, Cristo anunció la llegada del Reino, llamó a los hombres y pueblos a la conversión y a la fe, y realizó la Salvación integral. "El tiempo se cumplió, y el reino de Dios está cerca: convertíos y creed en el Evangelio" (Mc 1,15).

La Iglesia - "Sacramento universal de Salvación" - continúa hoy la misión evangelizadora de Jesús. Por eso es Sacramento, esto es, signo e instrumento de la presencia salvadora del Cristo Pascual.

2. Al hablar de la evangelización, se trata de la naturaleza y misión de la Iglesia: de anunciar la presencia de Cristo, Salvador del mundo, proclamar con el poder del

*Reproducimos el texto traducido directamente del original latino y en gran parte literalmente reproducido en *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, n.40, del 6 de octubre de 1974. (Nota de la Redacción.)

Espíritu la fuerza transformadora del Reino, llamar a los hombres a la conversión e invitar a todos a la adhesión de la fe.

Por ello la evangelización —fruto del Espíritu Santo a través de la diaconía de la Iglesia— es obra de todo el Pueblo de Dios y abarca toda su actividad: Palabra, testimonio y Sacramento.

3. La primera "experiencia" en América Latina, Continente fundamentalmente cristiano, es la experiencia de la presencia de Dios y la acción recreadora del Espíritu Santo. En el "hoy" de América Latina —tenso y convulsionado— se da una manifestación del Señor que invita al cambio y la comunión. Es la Buena Nueva de la conversión y fraternidad.

América Latina es una y múltiple. En la unidad de la lengua y de la fe se da "la manifestación del Espíritu para el provecho común" (Co 12,7)

Pero en la variada riqueza de las distintas Iglesias particulares el Espíritu Santo descubre y realiza la fisonomía propia y la vocación específica de la Iglesia en América Latina: "Iglesia auténticamente pobre —como han dicho los obispos—, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres" (*Medellín*, 5, 15a).

En esta fisonomía de nuestra Iglesia hay tres aspectos importantes —como tres exigencias del Espíritu— que se relacionan esencialmente con la Evangelización: la contemplación, la pobreza y la esperanza. La contemplación como penetración sabrosa en la palabra de Dios y como lectura salvífica de los signos de los tiempos. La evangelización es comunicación de la palabra de vida que hemos visto y oído y que anunciamos a los hombres para que tengan comunión con el Padre y el Hijo en el Espíritu (1 Jn 1, 4—4). Sólo así nuestra Iglesia de la profecía y del servicio se hace comunión gozosa de salvación. La pobreza como signo de una comunidad evangelizadora y como actitud fundamental para recibir la palabra. Es además el signo mesiánico de la presencia salvadora de Jesús en la historia (Lc 7,22). Pero lo típico de nuestra Iglesia pascual es el testimonio de una Iglesia que vive y anuncia la esperanza: apoyada en la inquebrantable firmeza del Espíritu y activamente comprometida con la historia, la Iglesia en América Latina proclama la seguridad y la actividad creadora de la esperanza cristiana.

En la medida en que la Iglesia —fuertemente impregnada y animada por el Espíritu Santo— sea verdadero signo de pobreza, caridad y esperanza, será también anuncio de conversión y presencia de salvación.

4. América Latina está viviendo la hora de Dios: hora de gracia y de responsabilidad. Pablo VI —en su visita a América Latina en 1968— la definió como "un nuevo período de la vida eclesial" (24—VIII—68), precisamente en orden a la evangelización que inicia ahora su "momento decisivo". Se trata de una nueva etapa en la evangelización.

Partimos de la primera evangelización realizada por los misioneros del siglo XVI con la herencia profundamente religiosa y popular de España y Portugal. Esa primera evangelización, tributaria del Concilio de Trento, estuvo centrada en los misterios de Cristo y de María. América Latina fue así profundamente eucarística y mariana. Pero, al mismo tiempo, hubo una clara defensa de los valores humanos (libertad, justicia, derechos del indio y del esclavo), una particular insistencia en la humanidad común, en la igualdad fundamental ante Dios, en el papel unificador del Evangelio.

5. La situación concreta que vive hoy el continente abre nuevas perspectivas y responsabilidades en la evangelización: en el contenido del Mensaje, en la fuerza del testimonio, en la expresividad concreta del lenguaje, en la celebración litúrgica y en

el compromiso de la fe. Desde la profundidad de la Iglesia en América Latina intenta descubrir al mundo latinoamericano que vive: en el Subdesarrollo, la marginación y la dependencia injusta; con aspiraciones legítimas a la liberación, a la paz, a la justicia, a la solidaridad, a la comunión fraterna; en explosiva tentación de violencia. En este contexto histórico la Iglesia en América Latina busca ser auténtico sacramento de la presencia salvadora del Cristo Pascual.

6. El Espíritu Santo ha obrado una nueva efusión de salvación en América Latina. Pues así debe ser considerada la segunda Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en la ciudad de Medellín el año 1968: un acontecimiento esencialmente salvífico.

Movida por el Espíritu Santo, la Iglesia en América Latina se manifestó en auténtico estado "de conversión y servicio" (*Med.* Mensaje a los pueblos latinoamericanos).

De esta manera afirma su fidelidad doblemente: a la Palabra inmutable de Dios y a las legítimas aspiraciones de los pueblos.

La Evangelización, misión esencial de la Iglesia, es obra del Espíritu Santo. El mismo Espíritu de Pentecostés actúa hoy profundamente en nuestra Iglesia para la salvación integral de nuestro Continente: se trata de un Espíritu de interioridad, de profecía y de comunión.

Vamos a exponer sintéticamente cinco puntos que, entre otros muchos, nos parecen los más característicos y fundamentales.

I. LA RELIGIOSIDAD POPULAR

7. América Latina vive en gran parte de una tradición cristiana profunda que impregna la existencia de los individuos, el contexto social y la misma historia de los pueblos. Es como "la experiencia" simple de Dios y de la fe en el pueblo. Es el primer aspecto que debe ser tenido en cuenta; semilla de Dios, fruto de la acción evangelizadora de las Iglesias de España y Portugal, herencia de su riqueza doctrinal y espiritual, principio o invitación de una nueva evangelización más honda y comprometida.

La religiosidad popular es el modo como el cristianismo se ha encarnado en las distintas culturas y grupos étnicos y es profundamente vivido por el pueblo.

Hay ciertas actitudes del pueblo (bondad, solidaridad, sentido de justicia) que manifiestan una presencia de Dios y abren el camino para la comunión gozosa con Cristo. Son "semillas del Verbo" (*Ad gentes, 11*) que es preciso explicitar y desarrollar.

La religiosidad popular es un punto de partida para una nueva evangelización: hay elementos válidos de una fe auténtica que busca ser purificada, interiorizada, madurada y comprometida. Se manifiesta en un sentido especial de Dios y su providencia, en la particular asistencia y protección de María Santísima y los Santos, en una actitud fundamental frente a la vida y a la muerte. De allí las devociones populares: novenas, procesiones, peregrinaciones y promesas. De allí las celebraciones de bautismos, primeras comuniones, matrimonios, funerales. Tiene un carácter marcadamente ritualista y sacramentalista, con frecuencia lamentablemente separado de la vida cotidiana.

8. En algunos lugares quizás la secularización intenta quitar fuerza expresiva a esta religiosidad popular. Sin embargo, sigue siendo una fuerza viva y operante en el corazón del pueblo. La "secularización" se presenta en América Latina con carac-

terísticas propias, distintas de otros Continentes. Crece la indiferencia religiosa y el fenómeno de la no—creencia. Pero la secularización no llega a romper el fondo de la unidad e identidad cristiana del Continente.

9. Quizás lo más importante hoy, con respecto a esta religiosidad popular y en orden a una nueva etapa de evangelización, sea lo siguiente:

a) purificar la fe de elementos sincretistas o de superstición, mitos y ritos distantes de la verdadera fe cristiana;

b) aprovechar estos gérmenes de fe auténtica para ahondar en la persona de Cristo y el misterio pascual de su Iglesia;

c) comunicar a esta religiosidad popular una fuerza misionera, un dinamismo de fermento, a fin de que la fe se comprometa con la vida y se quite así el dualismo entre fe y vida (*Gaudium et spes*, 43) o la pasividad y resignación del fatalismo.

10. Hay dos aspectos de esta religiosidad popular que conviene todavía subrayar:

a) forma parte de la unidad del pueblo (es una "fuerza unitiva");

b) nos ha llegado a través de una primera evangelización particularmente centrada en el misterio de Cristo crucificado. Quizás esto esté providencialmente conectado con un Continente que sufre duramente pero en esperanza su pasión. Quedó en parte oscurecido el aspecto pascual. Sin embargo, esta dimensión de Pascua nos ha llegado por el lado de María (muy especialmente en la meditación y rezo de los misterios de su rosario). En María el pueblo se siente interpretado y asumido. Por eso en América Latina la devoción a María es un modo de la conservación de la fe y un principio de más profunda evangelización. América Latina es un Continente esencialmente mariano.

II. ASPIRACIONES A LA LIBERACION

11. La evangelización dice relación directa a la promoción humana y liberación plena de los pueblos. Sin que ello signifique la identificación entre el reino de Dios y el desarrollo humano. Es la dimensión histórica de la palabra de Dios, la exigencia concreta de la fe cristiana, la respuesta evangélica a las aspiraciones de Salvación integral de los hombres y los pueblos. La proclamación auténtica del Evangelio —Anuncio explícito del Reino y de Jesucristo el Salvador del mundo— es un llamado esencial a la conversión personal y social. Son dos aspectos íntimamente relacionados de la salvación: liberación del pecado y formación del hombre nuevo en Cristo. El Evangelio tiene una fuerza dinámica de transformación en la historia. "La misión de predicar el Evangelio en el tiempo presente requiere que nos empeñemos en la liberación integral del hombre ya desde ahora, en su existencia terrena" (Sínodo, 1971). El acento puesto en la dimensión histórica del Evangelio —del compromiso práctico de la fe— ha hecho que el anuncio de la Buena Nueva adquiera un sentido más concreto y encarnado. Se desarrollan los valores fundamentales evangélicos de la libertad, la justicia, el amor y la paz.

12. Es éste un aspecto particularmente significativo entre nosotros. Bíblicamente, el anuncio de la Buena Nueva a los pobres va unido a la proclamación de la liberación a los oprimidos (Lc 4,18). La Salvación se expresa, entre nosotros, con frecuencia en términos de liberación. Lo cual, si empleamos recta y no abusivamente este término, está unido intrínsecamente al misterio de la pascua, a la tarea esencialmente religiosa de la Iglesia: liberar al hombre "de la ley del pecado y de la muerte" (Rm 8, 2). Por esto, la evangelización —que de suyo tiende a la conversión y

a la salvación mediante la predicación de la palabra de Dios y la acción interior del Espíritu Santo— en América Latina se relaciona frecuentemente con la terminología bíblica de la Salvación integral y de la liberación plena o total.

La Iglesia en América Latina intenta penetrar, bajo la acción del Espíritu Santo, en dos realidades: la palabra de Dios y la persona de Jesús, el Salvador y Señor de la historia; la realidad global del Continente (situación socio—económica, política, cultural y religiosa). Hay en la Iglesia de América Latina la conciencia cada vez más clara de que el Evangelio tiene que ser una respuesta concreta a las aspiraciones legítimas de los hombres y pueblos.

13. Pero cuando hablamos de "liberación" entendemos lo siguiente:

a) la acción específicamente religiosa de Cristo y de la Iglesia —concretada en el misterio de la Pascua— que tiende a sacar al hombre del pecado y de toda servidumbre derivada de él, y a crear condiciones tales que hagan posible la "nueva creación" por el Espíritu;

b) el término de la liberación es la formación del "hombre nuevo" (Ef 2, 15; 4, 14; Co 3, 10) creado en Cristo Jesús por el Espíritu en justicia y Santidad verdadera. Lo cual es fruto de la acción recreadora del Espíritu Santo (Jn 3, 5).

Se dan, sin embargo, también en América Latina los riesgos de una superficial identificación entre evangelización y promoción humana, reduciendo la liberación al ámbito de lo puramente Socio—económico y político (forma de ateísmo denunciada por el Concilio en la *Gaudium et Spes*, 20) o encerrándola en los límites del tiempo (*Gaudium et Spes*, 10). Existe el peligro de vaciar lo específico del mensaje evangélico, de lo auténticamente original del cristianismo. "Se quiere secularizar el cristianismo", nos decía Pablo VI a los obispos latinoamericanos en Bogotá (24—8—1968). También fácilmente se acude a la violencia con lo cual se desvirtúa el proceso cristiano de la liberación y se niega la fecundidad del Evangelio. Por eso es urgente subrayar la tarea intrínsecamente liberadora de Cristo por la acción recreadora del Espíritu Santo. La evangelización auténtica, es decir, la que revela y comunica a Cristo Salvador —que quita los pecados del mundo (Jn 1, 29)— conduce a la promoción humana y a la verdadera liberación total: para esta libertad Cristo nos ha liberado (Ga 5,1).

III. LA JUVENTUD

14. Es un aspecto singular y específico en la tarea evangelizadora de América Latina. No sólo porque el Continente latinoamericano es en su mayoría joven, sino por la fuerza de participación y construcción que significa hoy la juventud entre nosotros. Por eso interesa de un modo particular centrar en los jóvenes —también, por lo mismo, en la familia— el trabajo pastoral de la evangelización. El problema se plantea de dos modos: los jóvenes como objeto de evangelización y receptivos de la fe, de Jesucristo, de la Iglesia; y los jóvenes como agentes comprometidos en la evangelización particularmente entre los mismos jóvenes.

Se ha intensificado la pastoral juvenil, multiplicándose los grupos y movimientos juveniles, de distinto nivel de compromiso en su fe: grupos más preocupados por los problemas de la justicia y grupos más directamente interesados en la conversión personal y el crecimiento en Cristo. Ambas perspectivas, sin embargo, bien coordinadas se complementan en una auténtica pastoral de evangelización. De hecho ese trabajo pastoral con los jóvenes va produciendo ya tres frutos positivos en orden a la evangelización: los mismos jóvenes comprenden que la madurez de su fe exige un compromiso cotidiano con la vida; hacen tomar conciencia a los adultos de una fe

más profunda y de una opción más libre y comprometida; se van despertando nueva aunque lentamente vocaciones sacerdotales y religiosas.

15. Sobre nuestra juventud actual en América Latina podríamos anotar lo siguiente:

a) Hay un anhelo de interioridad, de reflexión, de oración, de contemplación. Una vuelta a los valores fundamentales del Evangelio y una búsqueda de la autenticidad en la fe y de su compromiso con la vida. De aquí surge en los jóvenes el deseo de una Iglesia que refleje verdaderamente el rostro de Cristo y la búsqueda de una comunidad cristiana que viva en la oración, en la pobreza y en la caridad. Pero aquí se da también para la juventud de América Latina el gran desafío: la adhesión entusiasta a Cristo y su Evangelio coincide lamentablemente a veces con un rechazo o desconfianza (al menos, indiferencia o ignorancia) de la Iglesia institución. Entre estudiantes y profesionales se nota un fuerte abandono de las prácticas religiosas. Se da con frecuencia una crisis de fe al tratar de asumir seriamente el compromiso que la fe comporta.

b) Se advierte positivamente en los jóvenes de hoy una particular sensibilidad por los problemas de la justicia en el mundo, un compromiso cristiano con la historia, una apertura a la palabra de Dios desde lo existencial del hombre.

c) Se nota además un deseo de participar activamente en la vida y la pastoral de la Iglesia. Ello surge como fruto del descubrimiento del misterio de la Iglesia, pueblo de Dios, y como conciencia de su fuerza participativa.

16. Pero se da el fácil riesgo de perder la dimensión eclesial de la totalidad y diversificación de carismas y ministerios en la Iglesia. Por eso anotamos también los riesgos que con frecuencia se dan en nuestra juventud en orden a la evangelización:

a) Una superficial politización de la fe. Entra en crisis la fe —se identifica superficialmente con la política— al descubrir la dimensión histórica del mensaje evangélico y el compromiso de la fe con la vida. Pierde fuerza la originalidad del Evangelio y el verdadero testimonio de la santidad en la Iglesia. Valores esenciales de oración y cruz se sustituyen por la lucha por la justicia, la política y hasta la violencia. La evangelización debe tocar la totalidad del hombre y de los pueblos: es la dimensión integral de la salvación de la Buena Nueva de Jesús. Pero la Iglesia no debe ser "politizada", "instrumentalizada" al servicio de una determinada ideología política, mucho menos de una ideología extraña a la fe.

b) Se advierte en nuestra juventud latinoamericana un fácil entusiasmo por el socialismo marxista. El marxismo es acogido con frecuencia por la juventud como la gran esperanza para superar toda dependencia y construir una sociedad más justa. De aquí un fuerte influjo, a diversos niveles de pensamiento y acción, de la ideología marxista.

c) De aquí surge una fácil tentación de violencia como único camino para transformar las estructuras. Hay una pérdida de la virtud cristiana de la esperanza, una falta de confianza en la fuerza transformadora del Evangelio (en especial de la validez del Sermón de la Montaña y de las Bienaventuranzas evangélicas).

17. Con el problema de la juventud va íntimamente ligado el interés pastoral de la Iglesia en América Latina por la educación. Se buscan nuevos caminos para la formación integral de los jóvenes en una perfecta fidelidad a las exigencias de Cristo y a las expectativas de los hombres. Sin abandonar los colegios y universidades propias —antes al contrario, esforzándose por renovarlos en el Espíritu de Dios de acuerdo a los tiempos nuevos—, la Iglesia en América Latina busca hacerse presente en todos los niveles y medios de educación y formación del hombre nuevo.

Cuando se habla de "educación liberadora" se entiende, ante todo, aquella que conviene al educando en sujeto activo de su desarrollo integral, capaz de asumir conscientemente su vocación divina, madurar en su fe y convertirse así en auténtico servidor de sus hermanos (cf *Medellín*, 4, 8).

Hay un aspecto aquí que conviene simplemente subrayar: el papel fundamental de las comunidades educativas.

IV. COMUNIDADES DE BASE

18. Es una de las aspiraciones en el trabajo evangelizador y la acción pastoral de nuestra Iglesia. La II Conferencia General del Episcopado alentó su creación. "La Comunidad cristiana de base es así el primero y fundamental núcleo eclesial que debe, en su propio nivel, responsabilizarse de la riqueza y expansión de la fe, como también del culto que es su expresión. Ella es, pues, célula inicial de estructuración eclesial, y foco de la evangelización, y actualmente factor primordial de promoción humana y desarrollo" (*Medellín*, 15, 10).

No podemos, sin embargo, afirmar que la comunidad de base es ya una realidad generalizada y perfecta. Hay un intento de creación de pequeñas comunidades cristianas. Surgen como necesidad de realizar y expresar la Iglesia "comunidad" en un ámbito experimentable: mayor conciencia de la realidad, más profunda penetración en la palabra de Dios, más sentido de familia. Es como la concreta y cercana comunidad de fe, esperanza, amor y culto que expresa la Iglesia como "familia de Dios". Al modo de la primitiva comunidad cristiana reunida en la enseñanza de los Apóstoles, en la fracción del pan y en el servicio a los hermanos (Hch 2,42).

Es preciso comprender el sentido de una comunidad de base entre nosotros; intenta ser una auténtica expresión de Iglesia, una verdadera *communio*: congregada en Jesús por el Espíritu Santo, convocada por la palabra, alimentada por la Eucaristía, coordinada por los pastores y autenticada por ellos como comunidad de salvación.

19. Una verdadera comunidad de base supone fundamentalmente lo siguiente:

a) un grupo homogéneo que desea experimentar la presencia del Señor en la comunión fraterna y que busca reflexionar sobre los mismos hechos de vida a la luz del Evangelio;

b) esencialmente centrada en la palabra de Dios que tiende normalmente a su culminación en la Eucaristía (*Medellín*, 6,13); una comunidad eclesial de base se nutre del "Pan de vida que ofrece la mesa de la palabra de Dios y del cuerpo de Cristo" (*Dei Verbum*, 21);

c) grupo vitalizador de la comunidad parroquial y abierto a las necesidades y exigencias de la Iglesia local o particular; la parroquia, a su vez, es "un conjunto pastoral vivificador y unificador de las comunidades de base" (*Medellín*, 5,13).

d) por lo mismo en íntima comunión con los pastores de la Iglesia y los restantes miembros del pueblo de Dios. Una de las características fundamentales de nuestras comunidades de base es su sentido de comunión jerárquica.

20. Desde el punto de vista de la evangelización estas comunidades eclesiales de base tienden a profundizar la fe, a comunicarla y a comprometerla en la vida. Tienen una dimensión esencialmente misionera y se organizan al servicio de la comunión y liberación integral del pueblo latinoamericano. La fe crece y madura —a veces, también, nace— en el interior de estas comunidades. Y se vuelven "signo de la presencia del señor" (*Ad gentes*, 15): por su vida de oración, por su espíritu de

pobreza y por su alegría en el servicio. Tienden a ser comunidades profundas en la oración, fraternas en la caridad, generosas en la misión.

V. NUEVOS MINISTERIOS

21. Es una forma de expresar y vivir la diaconía de la Iglesia. Diaconía de la fe, de la palabra, de la Eucaristía, de la educación, de la caridad y de la comunidad. Toda la Iglesia se manifiesta al mundo como servidora de la humanidad en la totalidad de esta diaconía. La Iglesia es el Sacramento de Cristo, el servidor de Yavé, que vino al mundo "no para ser servido, sino para servir y dar la vida como rescate por muchos" (Mt 20,28).

Desde el principio la Iglesia descubrió y vivió la exigencia de esta diaconía. Así surgieron los "ministros de la caridad" (Hch 6, 1—6) para que los Apóstoles pudieran atender mejor "a la oración y al ministerio de la Palabra". Así se multiplicaron en la Iglesia primitiva, junto al ministerio apostólico, los diversos servicios de hombres y mujeres señalados por el Espíritu Santo con diversos carismas y llamados a funciones diversas en la misma tarea de evangelización.

Pero hoy en América Latina el Espíritu Santo nos impulsa a la búsqueda de ministerios nuevos. Por varios motivos:

a) Una mayor profundización en el misterio de la Iglesia que descubre en ella el pluralismo de carismas y funciones diferentes (1 Co 12,4-11). Es el llamado de los laicos a una participación eclesial más viva y comprometida.

b) La escasez de Sacerdotes en extensiones inmensas y con falta de comunicación. Afortunadamente hoy se nota un relativo crecimiento en vocaciones al ministerio sacerdotal y a la consagración religiosa, sobre todo por el trabajo con grupos juveniles. Pero es urgente multiplicar los agentes de evangelización, sobre todo entre los mismos laicos comprometidos desde la fe en su irremplazable misión de Iglesia en el mundo.

c) La constitución de comunidades de base exige la presencia de ministros de la Palabra y de la Eucaristía. Una comunidad de base normalmente exige su ministro entresacado de ella misma para su servicio.

22. En América Latina se está estudiando la teología, la espiritualidad y la pastoral de los ministerios en la Iglesia. Se van buscando las formas nuevas exigidas por los tiempos y queridas por el Espíritu. Hasta el presente, apenas se va iniciando con los diáconos permanentes. Van surgiendo, en distintas partes, animadores de la comunidad, catequistas, delegados de la Palabra, coordinadores de grupos de reflexión o jefes de comunidad.

23. Habría que subrayar finalmente tres cosas:

1) El "servicio eclesial" de la mujer en la Iglesia. Viene cumpliendo una función valiosísima e irremplazable en la tarea evangelizadora: como transmisora de educación de la fe. De un modo especial hay que valorar, en orden a la evangelización, la presencia y actividad de la mujer consagrada. El carisma de la religiosa es ya anuncio del Reino, de lo absoluto de Dios, de la radicalidad del Evangelio. Hay tareas evangelizadoras que las almas consagradas —hombre o mujer— van realizando con sentido eclesial: catequesis, distribución de la Eucaristía, organización y animación, e incluso algunas veces, dirección de parroquias.

2) El papel de la familia "pequeña iglesia": como formadora de personas, educadora en la fe y promotora del desarrollo (*Medellín*, 3, 4—7). Es problema capital en América Latina y en la misión de evangelización: "hacer que la familia

sea verdaderamente "iglesia doméstica": comunidad de fe, de oración, de amor, de acción evangelizadora, escuela de catequesis" (*Medellín*, 3, 19). Los padres son "testigos de la fe" y "los primeros predicadores de sus hijos". La pastoral familiar aparece como prioridad en la tarea evangelizadora.

3) La presencia de los "misioneros" que vienen del exterior: América Latina los necesita para su función evangelizadora; lo urge, sobre todo, el sentido de comunión y misión de la Iglesia; pero su tarea es ayudar a descubrir y realizar la fisonomía propia y la vocación específica de la Iglesia en América Latina; lo cual supone un hondo sentido de comunión eclesial, selección del personal, preparación adecuada y adaptación al tiempo y al lugar.

CONCLUSION

24. América Latina, Continente de esperanza, vive y ofrece la propia "experiencia". La primera de todas es: la acción profunda y cada día recreadora del Espíritu Santo.

Como en la Bienaventurada Virgen María, también en nuestra Iglesia el Espíritu actúa la fe que es fiel respuesta a la Palabra de Dios (Lc 1, 38) y pronta disponibilidad al servicio de la salvación (Lc 1, 39). La Virgen de la Encarnación y la Virgen de la Visitación —Fiat et Magnificat— nos muestra y prepara el camino para la salvación.

Lo que ahora interesa en América Latina es la plena y alegre fidelidad al consejo salvífico de Dios: recibir la Palabra y guardarla (Lc 11, 27).

Se da una gran pobreza en América Latina. Pero se da una mayor presencia de Cristo, el Señor. Se dan múltiples manifestaciones de frustración, pero se da y se ofrece fundamentalmente al mundo un anuncio de alegría y de esperanza. Surgen cada día tentaciones explosivas de violencia, pero se manifiesta una firme invitación a la justicia, al amor y a la paz. Por lo que, repitiendo las mismas palabras del Señor, decimos: "Levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra liberación" (Lc 21, 28).

25. América Latina ha sido evangelizada bajo el signo de María y la fecundidad de la cruz de Cristo. Comenzamos una nueva etapa que está marcada por el Misterio Pascual de Cristo, es decir, por su muerte y resurrección, por la cruz y la esperanza.

La Nueva Noticia es ésta: Cristo resucitó y vive: vive en el seno de la Iglesia que es su Sacramento, vive en el corazón de los hombres como hermano y amigo, vive en la construcción de la historia como Señor de todo.

Evangelizar es proclamar a los hombres que Jesús todavía vive y es Salvador del mundo.

Por eso América Latina, desde su pobreza e indigencia, proclama y ofrece su esperanza firmísima: "El pueblo que caminaba en tinieblas vió una luz grande: a los que habitaban en región de sombras de muerte les amaneció una Luz" (Is 9,2).

Esta Luz se llama Cristo (Jn 1, 9) y a nosotros se nos manifestó y luce por María.